

Diciembre de 2011 a Septiembre 2012

Caminando por Larrako

Subo y bajo a menudo por la calle Larrako. Desde mi casa para ir a casi cualquier otro lugar del barrio voy por esa calle que prefiero a la principal donde te encuentras con demasiados conocidos. Cuando vuelvo a casa la utilizo menos a menudo, pero, si tengo la opción, también para estas ocasiones la prefiero a la principal.

Sin embargo hoy me ha dado por pensar en los muertos de la calle Larrako. Para empezar debo decir que lo mismo me ocurriría si fuera por cualquier otra calle del barrio porque en todas hubo personas que atendí y que ahora ya no están vivas, pero siempre he tendido a pensar que esa era una calle que me recordaba más que otras a los fallecidos de mi época de ejercicio profesional en el barrio.

Comienzo por "el rascacielos" y me acuerdo de Javier, que parecía tan trastornado por un hecho que para nadie sería recomendable. Efectivamente, él vio como su padre se tiraba por la ventana y moría en el acto. Luego se recuperó, nunca lo suficiente como para hacer un trabajo productivo como

correspondería a su edad, pero si como para hacer una vida social mínimamente aceptable, es decir jugar la partida, pasear con amigos, hacer los recados de la madre y la hermana...aunque casi siempre con una retahíla de fármacos que le ayudaban a controlar los síntomas de la ansiedad que desde aquel luctuoso hecho padecía.

Siguiendo apenas diez, quince metros hacia arriba en el 54, allí murió de un cáncer Manuel. Iba a verle con frecuencia, pero nada se pudo hacer porque en unos meses falleció. Lo curioso del asunto es que unas semanas después, en lugar de ser yo quien reconfortase a la familia, fueron ellos quienes me hicieron llegar una carta de agradecimiento que aún conservo por lo emotivo de la misma.

Casi enfrente del portal de Manuel, en la otra acera, vivía Salvador con su mujer y su hijo del mismo nombre. Era un andaluz salado, de mucho gracejo, pero, como su mujer, no entendía que tuviera que cuidarse y acabó muriendo de las múltiples complicaciones a que aboca una vida de trabajo duro, que desgasta y desgasta la resistencia humana como una piedra pómez lo hace con un callo. Sin perder nunca la sonrisa, que a mí se me antojaba del todo incongruente con su situación, acabó por perder la mente y, con el consuelo de su mujer, que por suerte

consideraba que todo provenía del cielo o estaba marcado por el infortunio, murió demenciado.

Un poco más adelante vivía una viejecita llamada María Luisa, que para cuando yo la conocí ya estaba en la cama, resumida, empequeñecida, siempre encogida en posición fetal, como esperando que llegase el momento de volver a un lugar tan confortable como el ambiente materno en el que un día estuvo. Y poco a poco, como se suele decir "sin meter ruido" se fue sin que aquello fuera una sorpresa para nadie.

Llegados aquí puedo seguir caminando unos metros más, cruzo el paso de peatones y allí está el siguiente bloque de casas. Unas casas que son todas iguales, de la época del desarrollismo que disponen de plazas con bancos para sentarse y tomar el sol o hablar con los vecinos, y de patios interiores que en algunos casos albergan unos imponentes céspedes, en muchas ocasiones cuidados por los propietarios de las viviendas.

Cuando llego a una de esas plazas me acuerdo de Rufina, una señora bonachona que vivía en un bajo y que siempre estaba asomada a la ventana de su piso al ras de la calle. Desde esa ventana hablaba con todo aquel que estuviera dispuesto a "perder" un ratito de su tiempo; sabía que a cambio recibiría, sin posibilidad de poner objeción o excusa alguna, un caramelo que

ella en teoría no podía comer por su condición de diabética, pero que todos, incluido yo, que era su médico, sabíamos que comía sin complejo de culpa alguno. Además se justificaba diciendo que si los tenía cómo no se los iba a comer, y todos la perdonábamos, incluido yo que me consolaba pensando que con ochenta y tantos años qué sentido tiene prohibir a alguien nada. Y claro, todos la entendíamos, todos la justificábamos, pero es que al margen de lo anterior se cuidaba escasamente y su hipertensión derivó en un problema cardíaco que la llevó a estar fatigada e hinchada los últimos años de su vida. Aunque puse todo lo que sabía para retrasar su muerte era tan sabido como que se comía los caramelos, que moriría sin remedio. Pero todavía hoy creo que sigue en el recuerdo de sus vecinos. Su casa sigue cerrada y sin habitar.

En uno de los portales de una de las placitas cercanas vivía una familia de la que primero murió el marido, con sesenta y tantos, fulminantemente, de un infarto. Después lo hizo una hija joven a causa de una penosa enfermedad, sin poder aguantar hasta que hicieran irrupción nuevos medicamentos que hoy día hubieran permitido mantener aquella enfermedad de la que murió en una situación de control, aunque bien cierto es que no de curación. Su madre sufrió mucho, tenía el corazón destrozado por tanta pérdida acumulada, venía a verme a menudo, con múltiples

síntomas, pero cuando el tiempo permitía que hablásemos enseguida se hacía patente su tristeza y desasosiego como origen no reconocido de los dolores por los que consultaba. Se hizo un poco hipocondríaca y a veces resultaba difícil de contener tanto sufrimiento como almacenaba. Aún hoy día la veo por la calle, y tantos años después, me recuerda que está mejor, pero que desde que se murió su hija y le falta la compañía de su marido la vida no es la misma. Y la creo, y pienso que, seguramente, no le llegaron las fuerzas como para disfrutar de lo bueno de la existencia.

Me olvidaba de Mari Carmen a quien también se le murió la hija de veintitantos en un accidente que salió en los periódicos por lo que de aparatoso y trascendente tuvo. Aquello había ocurrido cuando yo aún no era su médico, pero todas sus consecuencias emocionales y psíquicas se dieron en aquellos años. Su cara siempre expresaba tristeza infinita, no sabía, no podía, sería más exacto decir, apenas sonreír. Y si le preguntaba qué tal estaba siempre me decía que si lo hacía irrumpiría a llorar como una tonta. Pero yo sabía que ella deseaba que le preguntase y por eso mismo lo hacía y, aunque sabía que aquello me iba a retrasar, no podía sino sentir una conmiseración enorme hacia ella, una empatía sin límites, y la preguntaba y le dejaba que me hablase,

aunque llorase, aunque hipase y aquello me hiciera salir mucho más tarde de lo previsto de mi consulta.

Me doy cuenta que apenas si he recorrido doscientos metros desde que comencé a subir desde "el rascacielos" hasta mi casa.

También me percató que la emoción interna me va subiendo con estos recuerdos y me empaña el alma de pequeñas e imaginarias gotitas. Por eso me siento en un banco hasta que me sereno un poco. Alzo la vista y me percató que estoy delante del portal de Pedro y de su mujer. Ya no están y en su casa vive una hija, la pequeña de todas según creo. Por lo menos esta casa, a diferencia de la de Rufi, está habitada. Me acuerdo mucho de Pedro porque era un habitual de la consulta; vivía tan cerca que sólo tenía que pasar la calle. Mas esa no era la razón fundamental de tanta visita sino que era un hombre, como Salvador, muy trillado por la vida, machacado por los tóxicos de la fábrica y por el tabaco que un día, unos años, demasiados años, fumó; tenía los bronquios permanentemente cerrados y el corazón obstruido. Y, como en rachas de empeoramiento, cada día más frecuentes, fue buscando su camino hacia la muerte y acabó dejándonos. Su mujer, cuyo nombre no consigo recordar, era la acompañante oficial. Perdón, eso fue durante muchos años, pero ya en la terminalidad venía su hija porque ya los tratamientos eran complejos y requerían una persona que llevase la responsabilidad

de los mismos, y pusiera en orden los consejos, a veces tan importantes como los propios tratamientos: "duerma usted con más almohadas porque eso le ayudará a sobrellevar la fatiga", "pasee lo que pueda que así mejorará el control del azúcar..."Volviendo a su mujer su muerte fue la antítesis de la de su marido porque en menos de dos años, uno de ellos en lo más avanzado de la enfermedad de su marido, se fue silenciosamente, sin tenerla que atender apenas, o, al menos eso me dice el recuerdo.

En ese momento me levanto del banco y continúo caminando y giro la cabeza hacia la derecha y veo la ventana. Por allí se tiró Doña Pilar hastiada de caminar por la vida siempre sufriendo, siempre triste, sin capacidad de disfrutar, sin poder emocionarse -según me decía- ni siquiera cuando su hija le traía al nieto de mantas. Era carne de suicidio, yo creo que tanto el psiquiatra como yo lo sabíamos y por eso tenía las puertas abiertas de nuestras consultas. Las medicaciones se le cambiaban a menudo pero ninguna era suficientemente efectiva como para ilusionarla con algo. Ella decidió que aquel salto era lo mejor y una mañana temprano se levantó y, mientras su marido paseaba el perro, se tiró desde su cuarto piso. Jesús, el marido, me lo contó, con gestos de resignación, como si supiera, como el psiquiatra y yo lo sabíamos, que aquello ocurriría algún día.

Avanzo hacia mi casa y paso por el número 5. Y no puedo dejar de acordarme de Pepi, una señora a punto de jubilarse que un día se puso amarilla y que apenas duro unos meses; trabajaba con nosotros en el centro de salud y de sus labios salían por lo menos cien veces por hora las palabras "mi cielo", "cariño" y otras lindezas que no estamos acostumbrados a oír cuando trabajamos. Y sobre todo por eso, por lo tierna que era, porque decía las cosas sin que fuera posible negarse a sus peticiones, me acuerdo de Pepi.

A partir de aquí ya me queda poco para llegar a mi portal, pero encima del garaje donde me arreglan los pocos golpes de coche que han necesitado reparación vivían Edmundo y su mujer. Edmundo murió de un cáncer de pulmón y fue una dura experiencia para mí. Yo siempre pensé que no se fiaba de mis diagnósticos, que siempre asomaba la duda a su expresión facial. Incluso un día intentó examinarme y me dijo que qué veía yo en aquella radiografía. No entré en su juego y le dije que si deseaba una buena relación conmigo no podía estar todo el día evaluando mis conocimientos y decisiones, que para dudar permanentemente de mí lo mejor sería que le tratase otro médico. Y desde entonces todo fue mejor, pero nunca supe si aquella duda sistemática que llevaba marcada en la cara era la consecuencia de algún error mío o formaba parte de su personalidad. Su hermano,

ahora recuerdo que se llamaba Andrés, también murió, y murió de lo mismo y ambos habían sido grandes fumadores. Para que luego digan que el tabaco no pasa factura. En fin dejémoslo que hoy se trata de pasear dando una oportunidad al recuerdo, y no de dar lecciones de causalidad de las enfermedades.

Cuando Andrés se me va de la mente, me acuerdo de Marina. Me acuerdo que era una situación paradójica. Vivía, a temporadas solas, otras veces con algún amante, cerca de sus hijos por entonces adolescente uno y un niño el otro, pero no convivía con ellos sino que los chavales vivían con su abuela, y no supe nunca la razón. Yo creo que aquella pena era la que le llevaba a beber más de lo aconsejado en un intento de olvidar, o quizás, eso nunca lo pude confirmar, que porque bebía más de lo aconsejado era por lo que no podía ver a sus hijos. Esa duda siempre la tendré porque ya no está, se suicidó. Recuerdo de ella que cada poco tiempo venía acompañada a la consulta de un hombre diferente. Son mis novios -me solía decir, sin dar importancia a la cuestión-. Siempre pensé que su otra forma de autoconsuelo, junto al abuso de alcohol, fue el sexo. Me queda el consuelo de que la pude ayudar en uno de sus intentos de desintoxicación, pero también la amargura de su fatal muerte. Del hijo pequeño nada sé y no creo que le reconociera por la calle. Al mayor, un hombre ya de cerca de treinta años, le suelo ver tomándose alguna cerveza en un bar

cercano a mi casa y me entra la duda de si la historia del alcohol no se repetirá.

Ando un poco y llego a mi casa, que a decir verdad no está en Larrako. Por fin, veo mi portal; me adentro en él y solo puedo recordar que aquí también hubo una muerte, la más importante muerte que yo haya tenido que soportar. Con este pensamiento, ya sin lágrimas en los ojos como antaño me ocurriese, subo a mi casa, me quito la ropa, me pongo cómodo, enciendo el ordenador y decido escribir lo que está ante la vista, este triste y negro, pero real relato como la vida misma.